



CONFERENCIAS INFANTILES.

PREÁMBULO.

Pongo en vuestro conocimiento, queridos lectorcitos de Los Niños, que contando con vuestra benevolencia y vuestro deseo de saber cómo pensamos acerca de ciertas cosas y ciertos sucesos, los que ya hemos andado la mayor parte de la jornada, á cuyos principios estais aún vosotros, he decidido dirigiros la palabra escrita, si no cada vez que vuestro periódico os visita, á lo ménos la mayor parte de las veces.

Un poco ampulosillo y pretencioso me parece el nombre de conferencias que doy á los discursillos, cuyo preámbulo va en este número; pero nó me ha ocurrido otro mejor, y por otra parte creo que todos debemos rendir algun tanto de vasallaje á la moda, porque para que nuestro tiempo esté con nosotros, nosotros nece-

sitamos estar con nuestro tiempo en aquello que no nos parezca injusto.

Sé muy bien que vosotros sabeis ya muchas de las cosas que os voy á decir; pero sé tambien que áun así me leeréis con atencion é indulgencia, aunque no sea más que por la razon que ya he apuntado, por saber cómo piensa acerca de ellas el que ha vivido mucho más que vosotros.

Yo sé muy poco, pero he meditado mucho, y sobre todo he meditado con preferencia en todo aquello que casi nunca se enseña en las escuelas de primera enseñanza á que asistis vosotros. ¿Á que en ellas no os han dicho, por ejemplo, cuándo se formaron y cómo los apellidos españoles, cuál es su clasificacion, y cuáles son las leyes del buen gusto histórico y didáctico por que debe regirse su

uso? ¿Á que no os han explicado de dónde procede y qué condiciones esenciales tiene una lengua singular y antiquísima que se habla en el Norte de nuestra península? ¿Á que, si os han advertido que la que vosotros aprendísteis de vuestras madres es hija de la lengua latina, no os han añadido cuál precedió á esta lengua en nuestra España? En fin, ¿á que no os han explicado y anatematizado para que huyais de ellos los barbarismos y extranjerismos que leéis á cada paso en las muestras de las tiendas, en los anuncios de *La Correspondencia* y *El Diario de Avisos*, y aún en libros y periódicos?

Pues muchas de estas cosas que no os han hecho saber ni notar son las que pienso yo deciros, no con tono y pretensiones de maestro, sino con la humildad del que sabe que casi nada sabe, y con la única pretension de que os acordeis de él con un poco de cariño cuando seais hombres.

Cuando yo era niño asistia á la escuela de mi aldea, y figuraos lo que sabria mi maestro cuando, comparado con él, casi, casi me tengo por sabio. Pues á pesar de que mi maestro tan poco sabía, no paso un dia sin

acordarme de él, y cuando le encuentro en la calle, pues vive aún, siento una ánsia de abrazarle muy parecida á la que sentiria si mi padre resucitase y me encontrase con él.

Y es porque el pobre me enseñó cuanto sabía, que era leer, escribir y rezar, es decir, que me dió la llave de la ciencia y de la fe.

¿Cómo no le he de querer, cómo no he de sentir ánsia de abrazarle, cómo no le he de bendecir si con esta llave me facilitó la entrada en un paraíso donde se cambian en alegrías todas mis tristezas! El paraíso de mi vida es el libro hijo de la ciencia, y la familia hija de Dios.

Escuchadme, pues, con aquella atencion con que yo escuchaba á mi pobre maestro en la escuela de mi aldea, que la esperanza de que cuando seais hombres os acordeis de mí, como yo me acuerdo de mi pobre maestro, me alentará de hoy en adelante á añadir á lo poco que yo sé lo mucho que saben otros, para enseñaros desde esta modesta cátedra, que lleva vuestro querido nombre genérico de Los Niños.

Hasta luégo, si Dios quiere.

ANTONIO DE TRUEBA.

EL TABACO.

Como si no tuviésemos bastantes necesidades reales, no cesamos de crearnos otras ficticias. Venimos á este mundo desnudos, sin defensa,

expuestos á cien mil ataques y peligros, no logrando el sustento sino con el sudor de nuestra frente. Necesitamos habitacion, vestidos para

preservarnos de los rigores del frío; tenemos que pensar en defendernos, no solamente de los ataques de los animales feroces, sino también de los ataques más encarnizados de nuestros semejantes, cosas más que suficientes para hacer nuestra vida triste y penosa. Pues bien, no nos quejamos de que esto sea demasiado; antes, al contrario, buscamos con afán nuevas necesidades para complicar más aún una existencia harto complicada por sí misma. Entre estas nuevas necesidades hay una muy extraña y que en vano podría explicar la razón.

El olfato es de todos nuestros sentidos el menos importante; el más incapaz, sin duda alguna, de darnos ideas, el que ejerce menos acción sobre nuestra inteligencia. Reside en nuestra nariz; y en verdad que si ésta no nos sirviese más que para procurarnos sensaciones olorosas, consentiríamos fácilmente en pasarnos sin ella; pero nos es muy necesaria y muy cómoda para respirar el aire que nos hace vivir..... y para sostener los anteojos cuando somos viejos. ¡Qué idea tan extravagante es la de meter en las narices un polvo negro, hediondo y fuerte! El que toma rapé no respira el aire embalsamado de la primavera, sino después que ese aire ha atravesado el polvo con que ha atascado sus narices. Hay, sin embargo, una idea más rara todavía y que tal vez no crearíamos si nos la contasen refiriéndose á tiempos muy remotos. Esa misma sustancia, esa planta que huele

mal cuando se toma, huele todavía peor cuando se quema; pues bien, ese humo es para la generalidad de las personas un delicioso perfume, al cual sólo igualan la mirra y el incienso. No se contentan con respirar ese humo desaborido, áspero y embriagador; no se contentan con impregnar sus vestidos, sus muebles, la habitación donde se duerme; es preciso llenarse con él la boca, tragarlo, hacerlo penetrar en nuestro estómago, en nuestros pulmones; hacer de nuestro cuerpo una chimenea, y esa locura es una necesidad imperiosa, una segunda naturaleza. El fumador y el que toma rapé se sujetarian á mil privaciones antes que consentir, el uno en vaciar su caja de rapé y el otro en romper su pipa.

En las comarcas del Norte fuman, porque el frío que tienen es excesivo; las naciones del Mediodía, porque hace demasiado calor. En España se toma menos rapé desde que se fuma más. De estos dos absurdos, el mayor debería destronar al otro. ¿Cómo hacían nuestros antecesores hace trescientos años? Vivían sin tabaco, y si hemos de creer las crónicas, vivían, no obstante, bastante bien, y no les faltaban goces. ¿Cómo podían vivir sin pipa ó cigarro y sin rapé aquellos grandes hombres de la antigüedad, aquellos sabios, aquellos poetas, aquellos héroes que admiramos, y á los que nunca igualaríamos?

Sea de esto lo que quiera, como no hay que pensar en que se aban-

done el tabaco en mucho tiempo, diremos aquí lo que acerca de él sepamos. El tabaco vino de América el año 1560; se introdujo en Francia al principio, como un remedio, por un médico llamado Nicot, que le dió su nombre; todavía se le llama en medicina *nicotina*. Esta planta es anual; se la siembra durante la primavera, se la trasplanta á un terreno preparado. Cuando está bastante crecida se la corta la punta para impedir que florezca; se despampana, dejándola exclusivamente algunas hojas, que toman más fuerza. Después de haber cortado los tallos se los seca y se los deja en pilas, á fin de que experimenten una ligera fermentación; en seguida se arrancan las hojas y se ponen en haces ó manojos, á los que se da la forma de cilindros, llamados *zanahorias*. Diferentes preparaciones modifican el sabor y el olor del tabaco. Se han inventado máquinas para reducirle á polvo y para

cortarle en tiras estrechas. Los cigarrillos están compuestos de trozos de hojas envueltas en una mayor. El tabaco más apreciado es el que se cultiva en la Virginia, el Maryland, y la isla de Maracaibo.

Las pipas ordinarias son de tierra arcillosa, mojada, limpia, petrificada y moldeada al principio á la mano por el obrero, colocada después en un molde compuesto de dos piezas huecas, teniendo la hendidura la forma de la mitad de la pipa en toda su longitud.

Una vez sujeto el molde en un torno, el obrero ahueca el cubo de la pipa con un pequeño palo, en seguida hace el tubo con una larga aguja. No queda más que cocer la pipa, después de haberla dejado secar. Se fabrican también boquillas de ámbar amarillo, de caña, de cuerno ó búfalo y de hilo de hierro torneado.

TH. LEBRUN.



EDUCACION MORAL.

El hombre se ve dominado por movimientos y apetitos sensuales, que, pudiendo colocarle al nivel del bruto, necesitan de un correctivo poderoso, de una vigilancia activa y una direccion fuerte y sostenida. Este correctivo, esta vigilancia activa y esta direccion, es lo que se llama educacion moral de la especie humana.

Habiendo el hombre nacido libre, la violencia puede hacer legales sus acciones, mas no puede determinar la voluntad íntima y producir la conviccion, pues este efecto sólo es debido á la persuasion.

El preceptor acostumbrará á sus discípulos á caminar por la senda de la rectitud, de la justicia y de la honradez. Para conseguirlo, se verá precisado alguna vez á usar de su autoridad; mas lo preferible es que se dirija á la persuasion si no quiere hacer de su discípulo una máquina ó un malvado. Se domina la voluntad, es decir, se hace al hombre moral

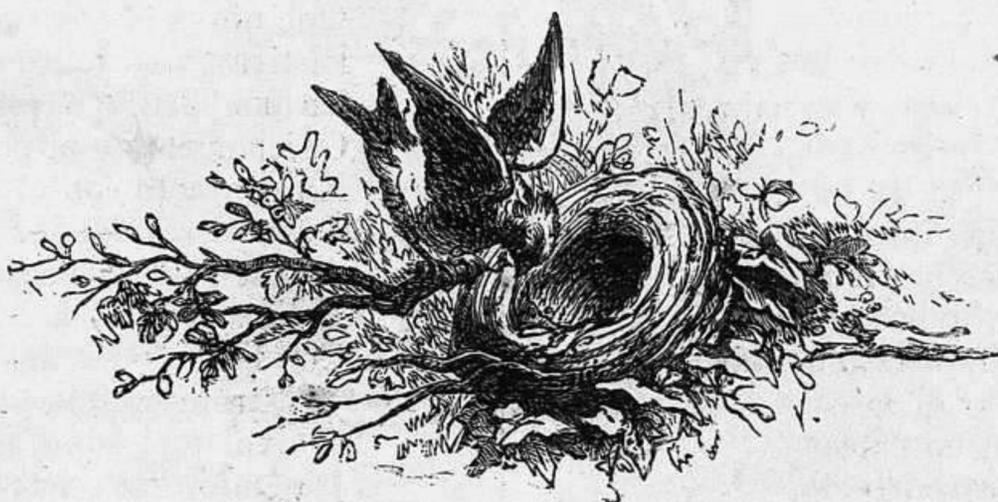
por la razon, exponiéndole las ventajas de una conducta conforme á las reglas que se le dan, y convenciéndole de que obrando en sentido opuesto se priva de la estimacion de sí mismo y de los demas.

Se domina la voluntad por la conciencia, y por las ideas religiosas, por el respeto que inspiran los maestros y por los castigos y recompensas.

El preceptor, para asegurar el éxito de la educacion moral, se ocupará principalmente de los sucesos ordinarios de la vida en los que los niños puedan intervenir. Les enseñará á respetar los derechos de otro, á reconocer la dignidad humana y amar á los hombres.

Es preciso, finalmente, preservarles tambien de la incredulidad, aunque la credulidad debe ser bien dirigida para que no caigan en supersticion y fanatismo.

J. M. BALLESTEROS.



CONSTANCIA EN LA FE.

(DEL ROMANCERO DE LA VÍRGEN DE ATOCHA.)

I.

De Madrid en un extremo
Había una pobre casa,
De apariencia tan humilde
Como hoy activa y bizarra.
Corría entónces el tiempo
En que sólo se cuidaban
De ser valientes los hombres
Y recatadas las damas.
Era Madrid como un pueblo
De callejuelas cruzadas,
Y edificios, aunque grandes,
De arquitectura tan rara,
Que aunque las artes la estudien
No pueden calificarla.
En algunos se veían,
Restos de morisca usanza,
Mal dispuestos tragaluces
En sus estrechas ventanas,
Formando á manera de arco
Sus puertas claveteadas.
En los estrechos rincones
De las calles y las plazas
Veíase un Santo Cristo
Con una sencilla lámpara.
En otras partes un nicho
Albergue daba á una estampa,
Con su humilde lamparilla
De luz incierta y opaca.
Y ante tan santas efigies
Los hombres se arrodillaban,
Cuando iban de allí á dos pasos
A morir de una estocada.
En la casa que decimos
Había una pobre estancia
De aspecto triste, y en ella
Una mujer desgredada,
Secos de llorar los ojos,
Y las mejillas más pálidas
Que una niña moribunda,
Que en sus brazos estrechaba.
Segun las historias cuentan,
Todo el ajuar de la casa
Consistía en una mesa
De pino, desvencijada.
Sobre ella, en un vaso roto,

Una lamparilla daba
Señales de sed, muriendo:
Más allá una pobre cama,
Algunos sitios viejos,
Y en la pared una estampa
De la Santísima Vírgen
En Atocha venerada.
Era el rigor del estío,
En noche serena y clara,
Y á través de las roturas
De una vetusta ventana,
La luna se distinguía
De leves nubes cercada.
Sólo el respirar se oía,
Acongojado y con pausa,
De la niña, y los quejidos
Que aquella madre exhalaba,
Viendo morir en sus brazos
La prenda de sus entrañas.
De cuando en cuando sus labios
Articulando palabras
Confusas, incoherentes,
Vagas como su esperanza,
Indicaban que aún vivía
La niña, y que aún albergaba
El pensamiento la madre
De verla en sus brazos sana.
Hacia la Vírgen purísima
Dirigía sus miradas,
De todas las oraciones
Que aprendió en edad temprana,
Buscando la más sentida
Y la de más eficacia,
Para pedirla el remedio
Que niega la ciencia humana.
El tiempo en tanto corría;
La lamparilla, agotada,
Chisporreando al ponerse
En contacto con el agua,
Daba el resplandor postrero;
A través de la ventana
Palidecía la luna
Con la luz pura del alba,
Y estremecida la niña
Convulso el labio agitaba,
Dejando este triste mundo
Con una sonrisa vaga.

II.

Ya el sol en el horizonte
 Mostraba su luz risueña,
 Y al toque de las campanas,
 Hacia la vecina iglesia
 Encaminaban sus pasos
 Las tapadas con sus dueñas.
 Algunos ancianos graves,
 Descubierta la cabeza;
 Diciendo el *Angelus Domini*
 Y repasando las cuentas
 Del rosario, recorrían
 De Madrid las callejuelas.
 Y al pasar junto á la casa
 Que conocemos, con pena
 A mirar se detenían
 Un instante por la reja,
 Y seguían su camino
 Sin darse de ello más cuenta.
 Pero, como es más curioso
 Por precisión el poeta,
 Hará ver á sus lectores
 Toda la lúgubre escena.
 Ya no era la pobre madre
 La que tenía á la yerta
 Criatura, que tendida
 Se hallaba sobre la mesa.
 Las sorprendidas vecinas
 Acudían mal despiertas,
 Formulando unas disculpas,
 Otras buscando con priesa
 Algun manojito de flores
 Para adornar la cabeza
 Del ángel que atravesaba
 Por las regiones etéreas,
 Y otras varias allí juntas
 Trataban cosas diversas,
 De las que siempre se dicen
 De un muerto á la cabecera:
 Fantásticas despedidas
 Que desprenden de la tierra,
 Volando los pensamientos
 Adonde las almas vuelan.
 Quién de la noche pasada
 Tenía por cosa cierta
 El presagio de un mochuelo
 Que oyó lamentarse cerca;
 Quién contaba apariciones
 Sombrías y gigantescas,
 Que sólo el agua bendita
 Dispersaba con presteza;
 Y quién los ruidos extraños
 De alguna casa desierta,
 En donde malignos duendes
 Fabrican falsa moneda.
 Pero, á la madre volvamos,
 Que según su dolor era,

Si no ha muerto con la niña,
 Sólo con la muerte sueña.
 Cerca estaba de su hija,
 En triste llanto deshecha,
 Mesándose los cabellos
 Con despiadada violencia.
 Mas, de su dolor en medio,
 Una esperanza halagüeña
 Su semblante reanimaba
 Contrastando con sus penas.
 También en aquel instante
 Su imaginación enferma,
 Cruzando por el espacio
 Poblado por las estrellas,
 Ante la Virgen más pura,
 Ante la Madre más tierna,
 Con fe constante pedía
 Para otra madre clemencia,
 Y un prodigio que volviese
 Al ángel suyo á la tierra.
 Y era tanta su esperanza,
 Su fe constante tan ciega,
 Que á la Virgen y á la niña
 Observaba macilenta,
 Viendo tardarse el milagro,
 Cual si fuese una promesa.
 Y sin embargo, la niña,
 Como si fuese de cera,
 Inmóvil la contestaba
 Con la purpúrea gangrena,
 Que iba invadiendo, invadiendo,
 Aquella boca risueña.
 De allí á unos cortos instantes
 Observaban con sorpresa
 Las descuidadas vecinas
 Que estaba la puerta abierta,
 Y que faltaba en la casa
 Su desesperada dueña.
 Asustadas del suceso
 Y temiendo la violencia
 De aquel gran dolor, creían
 Que era su locura cierta,
 Y en su fantástica mente,
 Buscando historias diversas
 De otros casos semejantes,
 Las daban por verdaderas.
 Y ya la voz se cundía,
 Cada vez con mayor fuerza,
 De que una pobre demente
 Por Madrid andaba suelta.
 Mientras esto sucedía,
 De Madrid por las afueras
 Llorando una mujer iba
 En negro manto envuelta,
 Encaminando sus pasos
 De Atocha á la santa iglesia.
 Halló su puerta cerrada,
 Sintió faltarla las fuerzas;
 Mas nunca desfallecía

En su piadosa creencia.
Ruegos, lágrimas, preguntas,
Nada quedó que no hiciera,
Esperando contestára
La Virgen á su insistencia,
Y una voz dulce, cuyo eco
El alma encantada deja,
Más que al herir de las arpas
Con inspiracion las cuerdas,
Más que de angélicos coros
Los himnos que el cielo llenan,
« Vuelve, la dice, á tu casa:
Mi gracia luce ya en ella,
Que pues tu fe es prodigiosa,
Con un prodigio se premia.»

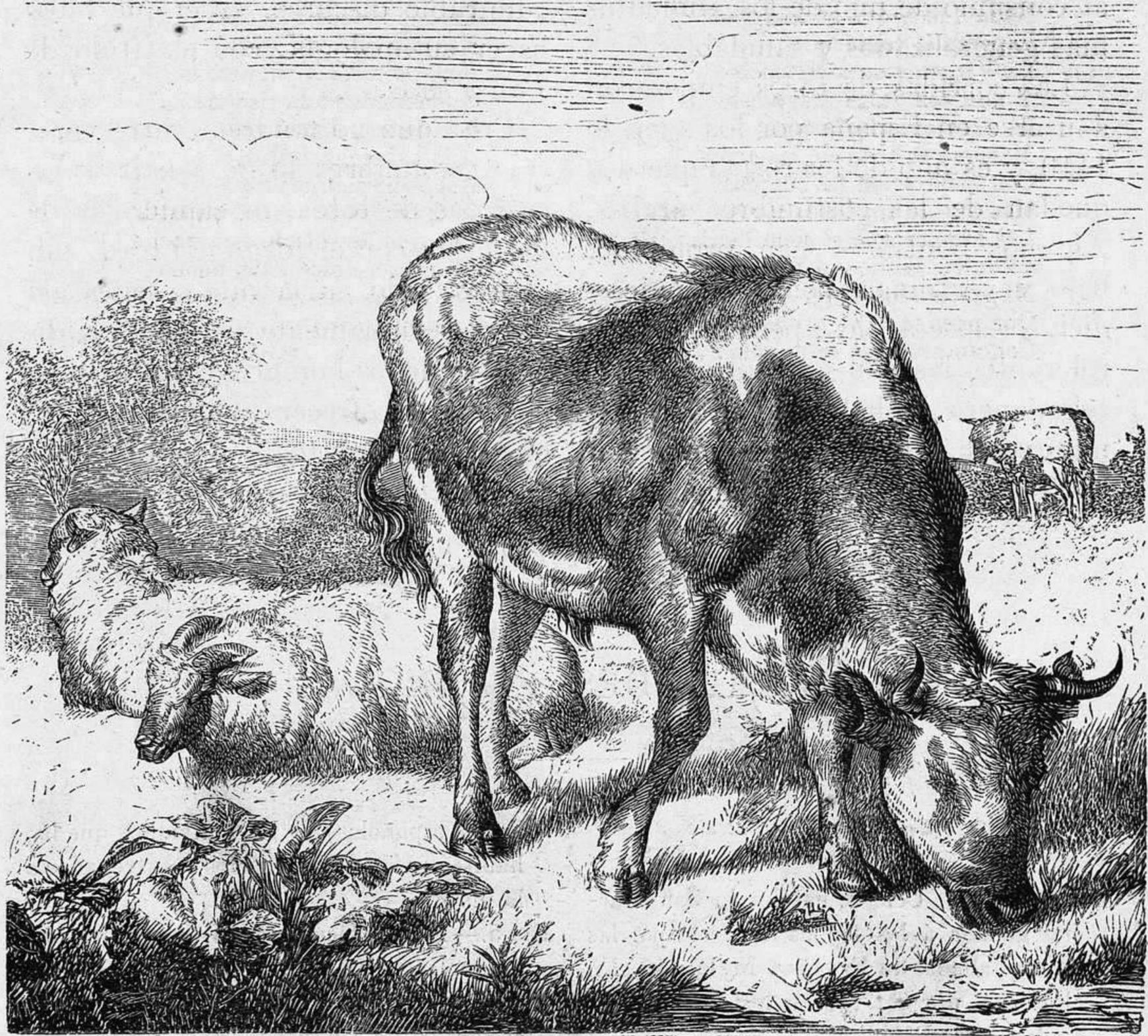
Y al cabo de un breve instante
Estrechaba con violencia
En sus brazos á la niña,
No ya lívida, no yerta,
Sino hermosa y juguetona,
Que enseñándola risueña
El cuadro, donde veia
A la soberana Reina,
Así decia á su madre:
« ¿ Quién es la señora aquella
Con que he soñado esta noche,
Y era tan dulce y tan buena?
¡ Si vieras cuanto la quiero.....
Llévame, por Dios, á verla!.....»
M. OSSORIO Y BERNARD.

ESCENAS INFANTILES.



Esta *niña* no es como mi hermanito, que es más tragon.... Todo el dia le está dando mamá de comer, y todo le parece poco. Y mi niña no quiere comer nada. Tengo que preguntar á mamá en qué consiste esto





LOS TOROS.

Algunos pueblos de la antigüedad llevaron su respeto al buey, hasta convertirlo en una especie de divinidad y profesarle adoración. No creáis, niños míos, que yo disculpo semejante conducta; pero si se tiene en cuenta el cúmulo de beneficios que reporta á la humanidad y sus grandes aplicaciones á la agricultura, disculpable es, hasta cierto pun-

to, la idolatría de los pueblos de la antigüedad.

Aquí en nuestra patria lo hemos entendido de otra manera; y en vez de procurar por el mejoramiento y desarrollo de la raza bovina, nos complacemos en preparar á tan útiles animales para la lidia en la plaza pública, convirtiendo en feroces sus instintos pacíficos, y privando de su

concurso al cultivo de los campos, y al consumo de uno de los alimentos más generalizados y saludables.

Las corridas de toros empezaron á usarse en España por los años de 1110, y es uno de los restos que nos quedan de las costumbres árabes. Algunos pontífices han prohibido, bajo severísimas penas canónicas, dichos espectáculos; pero otros más tolerantes las han consentido, y de tal manera se hallan admitidas en nuestros hábitos, que en vano han tratado de combatir las los más insignes pensadores.

Jovellanos escribió contra ellas un admirable discurso, en el que finge hacer su apología, con el título de *Pan y toros*.

Creo que no tendréis entre vuestras costumbres la de asistir á las corridas de toros, ni siquiera la de imitarlas con el juego del toro, tan generalizado en la niñez; pues así como es sumamente peligrosa la diversion de los hombres con los toros, no deja de ofrecer tambien peligro el juego, sobre todo entre los niños de carácter demasiado vivo.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS.

Noviembre.

Día 1. — 1813. Célebre batalla de San Marcial ganada á las tropas francesas por las fuerzas aliadas de España é Inglaterra. En el mismo dia entregaron los franceses la ciudadela de Pamplona.

2. — 655. Concilio X de Toledo, en tiempo de Flavio Recaredo: entre sus acuerdos figuró el de que no se hiciera fundacion alguna religiosa sin la prévia autorizacion de los poderes religioso y civil.

3. — 1762. Por los tratados preliminares de Fontainebleau, firmados en este dia, devuelven los franceses á los españoles Puerto-Mahon con toda la isla de Menorca, la que en 1756 se la quitaron los franceses á los ingleses.

4. — 1810. El general frances, Duque de Dalmacia, decreta en el Puerto de Santa María sean inmediatamente arrasados los cortijos ó casas aisladas donde se pruebe ha servido de asilo á los *bandidos* (guerri-

lleros españoles), y los individuos que las habitasen fuesen arrestados y entregados á la justicia.

Día 5. — 1712. Hácense en Madrid recíprocas renunciaciones del rey D. Felipe V á la corona de Francia, y del Duque de Berry á la sucesion de la de España.

6. — 1554. La escuadra española se apodera del Peñon de la Gomera.

7. — 1504. Llega al pequeño puerto de Sanlúcar de Barrameda el célebre navegante Cristóbal Colon, de regreso de su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo.

8. — 1625. Los ingleses, despues de desembarcar junto á Cádiz y de apoderarse del castillo del Puntal, tienen que abandonarlo y embarcarse con grandes pérdidas.

9. — 1720. Batalla de las quintas de Ceuta, ganada por el general Ledesma.

10. — 1848. Muere el reputado escultor cordobés D. José de Tomas, director que fué de la Academia de San Fernando, y entre cuyas obras figuran el bajo relieve que hay

en la portada del templo del Caballero de Gracia, representado *La última cena*, y parte del monumento del *Dos de Mayo*, fuente de la Red de San Luis y otras.

Día 11.—712. Batalla del Guadalete, ganada por Tarif sobre el ejército visigodo, y muerte del rey D. Rodrigo: infausto suceso en la patria historia, que inició la dominación sarracena.

12.—1797. Coloca Jovellanos en Gijón, su patria, la primera piedra para la construcción del Instituto asturiano.

13.—1508. Se colocan las campanas en la Torre Nueva de Zaragoza.

14.—1536. Muere en el asalto de Marsella Garcilaso de la Vega.

15.—1720. Batalla de Sierra-Bullones, ganada por el Marqués de Ledesma.

16.—1812. Memorable batalla y toma de Ciudad-Rodrigo, ganada á los franceses por el ejército español al mando del general en jefe Lord Wellington.

17.—1643. Toma del castillo de Monzon, por el general Silva.

18.—1870. Muere repentinamente en Madrid el reputado literato D. Juan Rico y Amat, autor, entre otras muchas obras, de una excelente *Historia política y parlamentaria de España*.

19.—1859. Toma del Serrallo por el general Echagüe (guerra de África). Con tan brillante triunfo se inauguró aquella campaña.

Día 20.—1643. Levantamiento del sitio de Lérida, por el Marqués de Leganés.

21.—1802. Se establece en Madrid la escuela de taquigrafía, sirviendo de texto la obra que compuso D. Francisco de Paula Martí.

22.—1559. Tratado de paz entre Francia y España.

23.—1248. Toma de Sevilla, por el rey don Fernando III el Santo.

24.—1700. Es proclamado en Madrid, como rey de España, Felipe V.

25.—1859. Acción del boquete de Anguera, ganada contra los marroquíes, por el general Echagüe.

26.—1350. Fundación de la universidad de Huesca, por D. Pedro III de Aragón.

27.—1811. Muere D. Gaspar Melchor de Jovellanos, célebre ministro, jurisconsulto, crítico y literato. Había nacido en Gijón en 5 de Enero de 1744.

28.—1818. Establécense cátedras de Agricultura en la ciudad de Valencia.

29.—1869. Muere en Madrid el eminente poeta dramático D. Ventura de la Vega, entre cuyas obras descuella la joya de nuestro moderno teatro que se titula *El Hombre de mundo*.

30.—1220. Don Fernando III el Santo celebra su casamiento con la infanta doña Beatriz, en la ciudad de Burgos.

ANTONIO EL LADRONZUELO.

Un honrado comerciante de Burdeos tenía dos hijos: el mayor, llamado Teodoro, hacía la felicidad de sus padres por su buena conducta y el gran cariño que les profesaba; el menor, por el contrario, les causaba vivas inquietudes por los defectos

que cada día iba adquiriendo, y que eran de tal naturaleza que hacían concebir serios temores para el porvenir.

Apénas tenía ocho años, y ya mentía con un aplomo y una seguridad que alarmaban á su buen padre.

— ¡Dios mio! decía; de la mentira al robo no hay más que un paso; mejor quisiera verle muerto que el día de mañana deshonorado.

Los presentimientos del comerciante eran fundados. Antonio empezó por robar golosinas á su madre. En cuanto podia coger algun tarro de dulce, almendras, ó frutas secas que conservaban para los postres, no desaprovechaba la ocasion; despues inventaba mil mentiras para no ser castigado, importándosele muy poco que acusasen á los criados.

Pocos dias ántes de las Pascuas de Navidad, la señora del comerciante habia hecho buena provision de dulces excelentes, que pensaba regalar á varios niños de sus amigos y á los suyos; apénas los hubo visto Antonio, dijo para sí: «Yo haré por cogerlos.» Sin embargo, su madre los guardó cuidadosamente en un armario que habia en un pasillo.

Todas las noches, despues de comer, exigian de Antonio se fuese á su cuarto para estudiar las lecciones que tenía que dar con su profesor. Aquella noche no se hizo rogar; cogió todo lo que necesitaba para ponerse á estudiar, sin olvidar nada. Todos creyeron iba á ocuparse seriamente en sus lecciones; pero ahora verán ustedes de qué modo empleó el tiempo.

Habia tomado la precaucion de proporcionarse várias llaves de diferentes cerraduras, y en cuanto vió á toda la gente reunida y entretenida en la sala, fué á ver si alguna venía bien al armario. La primera era

demasiado grande; la segunda demasiado pequeña, y la tercera, por fin, venía bien. Cogió todos los dulces, ocultándolos en la guardilla debajo de un monton de paja, y volvió á cerrar cuidadosamente el armario.

Al dia siguiente, la señora del comerciante necesitó sacar ropas de aquel mismo armario, y se sorprendió vivamente al no hallar allí sus dulces; despues de haberlos buscado bien, preguntó á todos los de su casa, y su respuesta fué la siguiente: «Puesto que V. sola tenía la llave del armario, y está V. segura de haberle cerrado perfectamente, ¿cómo quiere V. que sepamos dónde están los dulces?»

La señora, sospechando interiormente de Antonio, le llamó á su cuarto, y en cuanto estuvieron solos le dijo: Oye, hijo mio, yo estoy en la creencia de que tú eres quien ha cogido los dulces. ¿Será posible que hayas cometido semejante falta? Haz el favor de decirme la verdad, para no culpar á nadie, y te prometo, aunque lo que has hecho de abrir con una llave falsa es sumamente grave, no castigarte. Vamos, Antonio, hijo mio, confiésame la verdad.

Antonio contestó con serenidad: «Mamá, ya sabes muy bien que en cuanto hemos acabado de comer me he retirado á mi cuarto para estudiar mis lecciones; te aseguro que no he salido de él en toda la noche; esta mañana, en cuanto me he levantado, tú misma me has visto ir al colegio. Además, dijo con malos modos, no sé por qué se dirigen siem-

pre á mí cuando se pierde algo, no siendo yo el único que hay en la casa.»

Estaban moralmente seguros de que Antonio era el culpable; pero como no tenían ninguna prueba en contra suya, no le volvieron á hablar de semejante asunto.

Por su parte, el pícaro quedó perfectamente tranquilo, pues sabía que su hurto estaba en sitio seguro.

Para quitarle toda ocasion de caer en nuevas faltas de ese género, mandaron hacer otras llaves para todos los armarios, y le vigilaban tanto, que no le perdian de vista.

—¡Oh! dijo; puesto que todo lo cierran, voy á arreglármelas de otro modo; voy á coger dinero, y esto es mucho mejor, pues con el dinero se tiene todo lo que se quiere.

Desgraciadamente para él, no tardó en presentarse una buena ocasion.

Un dia en que el padre de Antonio estaba muy ocupado con varios comerciantes amigos suyos, tratando de un negocio de géneros, entró el niño en el despacho de su padre, y viendo el *secreter* abierto, observó cuidadosamente si álguien le veía, cogió un talego que contenia cien ducados, y se lo llevó corriendo. «Bueno, bueno, dijo al considerar el dinero; miéntras esto me dure, voy á satisfacer cuantos caprichos tenga; pero ántes es preciso que esconda bien este talego, pues si me pillasen, mi padre me meteria en la cárcel; porque tocante á estas cosas es muy severo y no se anda en chi-

quitas.» En seguida ocultó el talego debajo de su chaqueta, y se dirigió esta vez tambien á la guardilla.

En el mismo instante oye gran estrépito en la casa, se detiene para escuchar, y cree oír estas palabras:

«¡Acaban de robar al señor!» ¡Qué ir y venir! Suben rápidamente la escalera donde está el culpable; iba á ser cogido en flagrante delito (pues los criados, á quienes tantas veces habia acusado, sospechaban de él y le hubieran registrado sin consideracion alguna), pero tuvo el tiempo necesario para meterse en una guardilla donde dormia un mozo de la tienda, y se escondió debajo de la cama.

Al poco rato, un criado de la casa y Vicente (el mozo del almacén), entraron en la guardilla para hablar del suceso y tratar sobre el medio que podrian emplear para descubrir al ladron, pues temian ser acusados.

—Daria todo cuanto tengo, dijo el criado, para saber quién es el pillastre.

—Y yo, dijo Vicente, le ahogaria si le cogiese entre mis manos. De fijo que nosotros serémos acusados, pues desde esta mañana nadie de fuera ha entrado en la casa, y los amigos del amo son incapaces de un golpe semejante. Apostaria cualquier cosa á que el que quitó los dulces es tambien quien ha robado el saco del dinero; se me figura haberle visto entrar hace un momento en el despacho de su padre.

—¿Hablas de Antonio, verdad? contestó el criado; le creo muy capaz de ello.

— Busquémosle, dijeron; le interrogaremos; además, nos llaman, vámonos. ¡Que Dios nos proteja y descubra al culpable!

El desgraciado niño ya no podía más; oculto debajo de aquella cama, se ahogaba; no se atrevía á hacer el menor movimiento ni á respirar; estaba hecho un ovillo, con las rodillas, los codos y la nariz apoyados sobre el suelo.

En cuanto los vió alejarse, se levantó y dijo: «¡ Ah, caballeros, queréis ahogarme! esperad un momento. Voy á recompensar vuestro celo; voy á tener el gusto de atormentaros.» En seguida metió el saco debajo de la cama y echó á correr en dirección al jardín con sus libros, haciendo como si estudiase atentamente.

Su padre, que le estaba buscando hacía un rato, al encontrarle en el jardín le preguntó de dónde venía.

— Hace ya mucho tiempo que estoy aquí, papá, contestó.

— Sin embargo, añadió el padre, he venido á buscarte y no te he visto.

— Es que, contestó Antonio tranquilamente, estaba en el cenador y no me habrá V. distinguido. Mire usted, papá; estaba ya mucho tiempo ántes que Francisco, el criado, y Vicente, fuesen ahí arriba, dijo (señalando la ventana de la guardilla). Les he visto contando dinero, y parecían muy preocupados.

El comerciante, creyendo que su hijo ignoraba lo ocurrido, se calló, é hizo llamar á los dos acusados.

En cuanto vinieron les preguntó

dónde estaban cuando les llamó.

— En mi cuarto, dijo Vicente.

— ¿Qué hacían ustedes allí? volvió á preguntarles su amo.

— Hablábamos, dijo Vicente, de este robo maldito, pues temíamos que sospechasen de nosotros; pero como todavía no hemos salido de casa para nada desde que ha sucedido, veníamos á decir á V. que haga registrar toda la casa para que estemos más tranquilos.

Mire V., señor, añadió; trabajo por el dinero, porque soy un pobre; pero mejor quisiera morir de hambre, que coger un céntimo que no me pertenezca.

El padre de Antonio hizo que le siguiera el pobre Vicente, y empezaron á registrar por su cuarto. Antonio había dejado el jardín y seguido á su padre; había oído el interrogatorio de los dos criados y quería presenciar el registro. Los dos criados inocentes están pálidos, como si fuesen los ladrones, y el culpable tranquilo, como si fuese inocente.

Primero sacan todo lo que contenía una cómoda, luego un baul; nada encuentran. Deshacen la cama, y, ¡oh sorpresa! al tirar de una sábana, cae el saco á los piés del comerciante y empiezan á rodar las monedas por el cuarto.

El desdichado Vicente, mudo de sorpresa, no puede creer lo que sus ojos ven; pero tranquilizado por su conciencia, protesta de que es inocente. Mas no le escuchan, y todos los testigos de la escena le creen culpable.

— Y bien, le dice Antonio; vaya un modo que tiene V. de entender la honradez: V. que no quiere coger un céntimo de nadie, coge V. las monedas de mi padre! Verdad es que esto vale algo más.

Várias de las monedas habian rodado al suelo; para cogerlas fué preciso meterse debajo de la cama y buscar bien; al ir á sacarlas, hallan al mismo tiempo una cartera de piel de Rusia, muy bonita, con el nombre de Antonio grabado encima. Nadie puede contener un grito de asombro; el comerciante se estremece; Teodoro y la madre lloran; Antonio desaparece.

Abren la cartera, y encuentran esta esquela:

«Querido amigo: Acabo de hacer una adquisicion magnífica; tengo en mi poder lo ménos seis libras de dulces. Mañana iré á buscarte á la hora de clase; podrémos vernos en el bos-

quecillo que está al lado de tu parque, y nos los comerémos juntos. Como siempre me haces participar de todo lo tuyo, justo es que yo corresponda contigo del mismo modo.

»Dentro de poco espero proporcionarme algun dinero para ir donde tú sabes.»

— ¡Dios mio! dijo Vicente, que se habia arrodillado para dar gracias al Señor; ¡hé aquí la prueba de mi inocencia! Señora, amo mio; no conservo el menor rencor hácia Antónito, y pido á ustedes que le perdonen.

Por más averiguaciones que hicieron, nunca pudieron saber su paradero, con lo cual sus pobres padres perdieron completamente la tranquilidad y la salud.

¡Quién sabe hasta donde llegaria el que empezaba tan criminalmente su vida!

X.



VIDAS DE LOS SANTOS.



SAN EUSTAQUIO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

Eustaquio, llamado Plácido antes de su conversión, era un oficial distinguido en las milicias romanas, en tiempo del emperador Trajano. Una vez que perseguía á un ciervo en una cacería vió entre las astas del animal la imágen de Jesucristo crucificado, y obediente á una voz interior que le impulsaba á convertirse al catolicismo, no vaciló un momento, é instruido convenientemente por un santo sacerdote, juntamente con su mujer y sus hijos, recibió con ellos el bautismo; llamándose él desde entónces Eustaquio, Theopista su mujer, y Agapito y Theopisto los hijos. El Señor predijo á nuestro neófito lo mucho que tendria que sufrir; y con efecto, en poco tiempo perdió sus bienes y su empleo, y le fué robada toda su familia. Reducido á la mendicidad, se consagró á labrar los campos al servicio de un hombre muy rico; pero algun tiempo despues, habiendo invadi-

do los bárbaros el suelo del imperio, Trajano hizo buscar al Santo y le confió las tropas mandadas contra los mismos. Durante aquella expedicion, Eustaquio encontró, contra toda esperanza, á su mujer é hijos. Despues de la victoria recibió los honores del triunfo; pero habiéndole indicado el Emperador que hiciera sacrificios á los falsos dioses, rehusó constantemente hacerlo, y el Príncipe, indignado, le condenó á ser pasto de las fieras con su mujer é hijos. Dos leones hambrientos, que arrojaron contra ellos, se prosternaron á sus piés, acariciándoles, y furioso el Emperador hizo encerrar á los santos mártires en un toro de bronce, bajo el cual mandó encender una hoguera, y en este horrible martirio concluyeron su vida en 20 de Setiembre de 120.

Várias reliquias de San Eustaquio se conservan en París, en la magnífica iglesia que lleva su nombre.